

El LEGADO

de enseñanza de Derek Prince

Tomando a Dios en serio

Hace poco, mientras meditaba en diferentes definiciones de lo que es la fe, llegué a mi propia definición: *La fe es tomar a Dios en serio*. Esta definición surgió como resultado de conocer a tantos creyentes que decían tener fe, pero que no tomaban a Dios en serio.

Tomar a Dios en serio significa tomar en serio Su Palabra. Si una persona nos habla, pero no le hacemos caso, o hasta rechazamos una gran parte de lo que nos dice, indudablemente no la estamos tomando en serio. En realidad, le estamos faltando el respeto.

Esto también sucede con Dios. Si no le hacemos caso, o rechazamos una gran parte de lo que Él nos dice a través de las Escrituras, no estamos tomándolo a Él en serio. La verdad es que estamos faltándole el respeto. Sin embargo, así es como muchos creyentes tratan a Dios. Toman Su Palabra como si fuera un buffet: escogen aquellas porciones que les agradan, pasando por alto las demás porciones.

Hay cuatro maneras prácticas en las cuales la Palabra de Dios se aplica a nuestra vida: Sus promesas, Sus mandamientos, Sus prohibiciones y Sus advertencias. Tomaremos algunos ejemplos de cada una de éstas, y analizaremos cómo aplicarlas en nuestra vida.

Las promesas de Dios

En los cuatro evangelios, Jesús hace muchas promesas maravillosas, pero antes de reclamar estas promesas para nuestra vida, es importante averiguar a quiénes fue hecha cada promesa. Los autores de los evangelios establecen una clara distinción entre las palabras que Jesús habló a Sus discípulos y lo que dijo a las multitudes o a personas que no eran discípulos. Existen

más de 900 versículos que registran las palabras de Jesús dirigidas a los discípulos, y unos 860 versículos que van dirigidos a personas que no eran discípulos.

El rasgo que caracterizaba a los verdaderos discípulos era el compromiso. Ellos se habían comprometido de manera incondicional a seguir y obedecer a Jesús, sin importar lo que les costara. Jesús mismo estableció la siguiente condición:

“El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”.

“Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”.

(Lucas 14:27, 33)

Es obvio que los que estamos vivos hoy no estábamos presentes cuando Jesús decía estas palabras. Antes de reclamar cualquiera de Sus promesas, tenemos que preguntarnos: ¿Soy el tipo de persona a la que Jesús estaba hablando? ¿Son para mí Sus promesas? ¿Tengo derecho a reclamarlas?

En Juan 14, por ejemplo, hay unas promesas gloriosas, tales como:

“Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré”.

“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”.

“Porque yo vivo, vosotros también viviréis”.

“La paz os dejo, mi paz os doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”.

(versículos 13, 14, 19, 27)

Pero estas hermosas promesas iban dirigidas sólo a un grupo de discípulos comprometidos. Pedro hablaba por todos cuando dijo: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (Lucas 18:28, Biblia de las Américas). Reclamar estas promesas sin cumplir con esta condición no es fe, sino presunción. Cada uno de nosotros necesita preguntarse: ¿Soy un discípulo, o simplemente miembro de una iglesia?

Los mandamientos de Dios

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le

conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él”. (1 Juan 2:3–4)

Nuestra respuesta a los mandamientos de Dios revela nuestra verdadera condición espiritual. El obedecer Sus mandamientos es una prueba de que conocemos a Dios.

En la Biblia hay muchos mandamientos que cubren diferentes áreas de nuestra vida, pero Jesús los resume todos en un mandamiento que prevalece sobre todos los demás:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. (Juan 13:34–35)

Al obedecer este mandamiento, cumplimos toda la ley: “Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gálatas 5:14).

El amor es el propósito final por el cual todos los demás mandamientos fueron dados: *“Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería . . .”* (1 Ti. 1:5–6). Cualquier actividad religiosa que no produce amor es simplemente un esfuerzo perdido.

Es sobre esta base que debemos evaluar nuestra obediencia a los mandamientos de Dios. Debemos preguntarnos: ¿Es mi vida una expresión del amor de Dios?

Las prohibiciones de Dios

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. (1 Juan 2:15)

Aquí Dios nos prohíbe amar al mundo. Nos exige hacer una elección: podemos amar al mundo, o amar a Dios Padre. Pero no podemos hacer ambas cosas. Tiene que ser una cosa o la otra: amar a Dios o bien,

amar al mundo.

En el lenguaje del Nuevo Testamento, “el mundo” incluye toda persona y toda actividad que no se somete al gobierno justo del gobernante designado por Dios: Jesucristo. Como tal, el mundo—consciente o inconscientemente—está en rebelión contra Dios. Por consiguiente, amar al mundo es unirnos a su rebelión.

En la vida de cada uno de nosotros, la atracción que ejerce el mundo es sumamente fuerte. Hay muchas cosas en el mundo que nos atraen y nos tientan. Algunas parecen ser inocentes, pero llevan en sí el veneno sutil de la rebelión.

Uno de los principales canales de influencia del mundo son los medios de comunicación, con todas las formas de entretenimiento que ofrecen. He llegado a la conclusión de que el “entretenimiento” no es un concepto cristiano si deja a las personas completamente pasivas. En la Biblia, Dios instituyó temporadas de celebración jubilosa para su pueblo, pero las personas participaban activamente en las actividades. Nunca eran simplemente espectadores pasivos.

Además, hoy en día, una gran parte del entretenimiento está impregnada de impureza moral y espiritual, que de manera sutil, contamina y corrompe. Hace unos años, Ruth y yo vimos una película que era una magnífica comedia con actuaciones excelentes, pero tenía unas cuantas secuencias de lenguaje soez. Queríamos ir a verla otra vez, pero finalmente decidimos no exponer el Espíritu Santo dentro de nosotros al lenguaje vil de la película.

Finalmente decidimos nunca exponernos voluntariamente a cualquier cosa que glorificara el pecado y deshonrara a Jesucristo. También establecimos como principio no mantener en nuestro hogar cualquier libro u otro objeto que deshonre a Jesús.

¿Le parece esto radical? Quizás lo sea, pero en realidad el cristianismo es una religión radical.

Las advertencias de Dios

En Mateo 24, Jesús habla proféticamente anticipándose a las condiciones de los últimos días. Empieza advirtiendo contra el engaño: “*Mirad que nadie os engañe*”. En el versículo 11, vuelve a advertir: “*Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos*”. El engaño es el peligro más grande que confrontan los creyentes en los últimos días.

En Mateo 24, la advertencia de Jesús iba dirigida a los apóstoles que Él mismo había escogido, quienes habían estado constantemente con Él durante los tres años y medio de su ministerio. Si estos apóstoles necesitaban una advertencia tal, ¿cómo puede imaginarse cualquier creyente hoy día que no es susceptible a este peligro?

Sin embargo, he conocido a varios cristianos que parecen creer que la advertencia en contra del engaño no se aplica a ellos. En realidad, esta actitud muestra que el engaño ya está obrando en ellos.

En 2 Tesalonicenses 2:9–10, Pablo repite esta advertencia en contra del engaño refiriéndose al surgimiento del anticristo.

“... aquel inicuo [el anticristo] cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”.

Muchos cristianos carismáticos piensan que cualquier mensaje o ministerio acompañado de señales sobrenaturales necesariamente tiene que provenir de Dios, pero esto no es cierto. La Biblia enseña que Satanás también puede producir varios tipos de señales sobrenaturales. El aceptar fácilmente que toda manifestación sobrenatural viene de Dios abre la puerta al engaño.

Hay una sola manera de protegerse del engaño: debemos “recibir el amor de la verdad”. Esto va mucho más allá que simplemente escuchar sermones o aun leer la Biblia. Implica tener un compromiso profundo

y ferviente en cuanto a la autoridad de las Escrituras, y permitir que éste afecte cada área de nuestra vida. Este compromiso producirá en nosotros una reacción espontánea en contra de cualquier mensaje o ministerio que no sea fiel a las Escrituras.

Dios nos ofrece a cada uno de nosotros este “amor de la verdad”. ¿Estamos dispuestos a recibirlo? ¿Tomaremos en serio su advertencia o haremos caso omiso de ella?

El LEGADO de enseñanza de Derek Prince

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este artículo fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960. Se permite la reproducción de artículos de los archivos de DPM para la distribución gratuita. Para tener acceso a otros materiales de Derek Prince, diríjase a ministeriosderekprince.org.



MINISTERIOS DEREK PRINCE
PO BOX 19501 CHARLOTTE, NC 28219 704.375.3556 WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG

DEREK
PRINCE
MINISTERIOS

TL94-3SP